

él—en la abundancia, en la riqueza: me basta con la seguridad del pan» (pág. 296 y 297).

Nuestro autor era un Quijote al ciento por ciento, y en realidad, como dice Miguel de Unamuno, en su vida de Don Quijote y Sancho: «Para Sancho la locura de su amo cifrabase tan sólo en dejar la fortuna por la gloria y así son los Sanchos todos; tienen por cuerdo al loco que con su locura prosperó en bienestar y suerte, y estiman loco al cuerdo a quien su cordura le impidió cobrar fortuna. Sancho quería amar y servir a Dios por lo que pudiese; el puro amor no cupo en él» (4).

Vicuña Luco, era más Quijote que el mismísimo Don Quijote, porque ni siquiera ambicionaba «gloria»; jamás se le ocurrió que el cultivo de las letras pudiera reportarle fama y honores; él se consagró a estas disciplinas con sincero desinterés «por puro amor», sin otra ambición que procurarle deleite a su espíritu fino y sagaz.



«SOBRE LA PIEDRA», elegías de Ricardo Marín.—Morales Ramos.
Editor

Conocíamos de Ricardo Marín algunos fragmentos de «Oda Mayor», libro de poemas antifacistas, llenos de poesía vigorosa y con acentos épicos, sostenidos, soslayando el mal gusto general, cánceres de muchos vates actualizados y perennes rimadores del evento mundial. Marín demostraba un serio afán de marginar lugares comunes, resuelto a ir con trémulo corazón hacia el objeto de su canto, cosa que conseguía con un esfuerzo honesto de trabajador infatigable del idioma. Porque eso se revela Marín: un obrero perseverante que trata de estrangular la frase manida,

(4) *Vida de Don Quijote y Sancho*, por don Miguel de Unamuno. 2.^a Ed. pág. 120.

el eco sin riqueza, la resonancia demasiado oxidada. Basta con leer algunos de sus versos para darse cuenta que en el fondo de ellos late un poeta sin remilgos, capaz de desechar la postura fácil, empalagosa.

Poeta de encontrarse a sí mismo en el fondo del idioma es Marín. Y poeta pensante, con estructura ideológica. Nace su canto con la música del pensamiento, vertebrado por un nervio subyacente que es su postura humana y social, virilmente alzadas en medio de rimas y vocablos.

El poeta Ricardo Marín ha publicado un libro que titula: «Sobre la piedra», tres elegías. Ellas se nombran: Sabio guerrero, padre mío; Heme aquí sobre la piedra y Pastor de alto resplandor. El tomo está editado con sobrio gusto artístico; lleva una sugerente portada de Edmundo Campos.

Ricardo Marín asume con donaire y propiedad el tono elegíaco. No hay descensos que malogren el conjunto y, sí, aciertos que lo dignifican. Resulta un poco extraño que en Chile, país de «alta poesía», no se haya comentado con la seriedad y lealtad requeridas este libro de un poeta joven que se anuncia con firmes rasgos, responsable actitud lírica y severa disciplina idiomática. Su libro supera con mucho la tónica ambiente de música pasajera, forjada en una atmósfera de surrealismo desvaído, ocultadora de muchas miserias temperamentales. «Sobre la piedra» nos promete la reivindicación de la poesía nueva y joven. En Marín hay la impronta del verdadero poeta, inmerso en su oficio, urgido desde dentro por sus sales creadoras y dispuesto a pulsar la lira solamente cuando algo tiene que decir. Cuán lejos lo sentimos de aquella publicidad de campanario trovadoril, fértil vivero de genios y creadora profusa de inmortalidades revisteriles y concursantes.

La primera elegía es un finísimo apunte del dolor por la muerte de su padre, «sabio guerrero». Aquí, el poeta va más allá de la queja personal; se sumerge en los hondos estratos del ser e interroga al destino con palabra de largos ecos. Penetra su voz

en las estancias purificadas del espíritu, estableciendo un monólogo de alto signo poético. Marín no podría quedarse en el sentimentalismo hueco y superficial que caracteriza a las elegías que en nuestro parnaso tienen llorona permanencia en las antologías. La muerte para Ricardo Marín, la muerte de su padre, es un motivo de enlutado hondor que lo obliga a cantar con severa flauta los eternos conceptos:

«Razón, tú, ángel níveo,
¿por qué te ahogas, ¡Ay mi furia trémula!,
en la sombra temerosa, helada?

En un aire eternamente obscuro
ha crecido la flor del hombre, rumorosa.
Sus pétalos fieles descendiendo con misterio
y los comunico con mi estrella.

Calza su verso en el justo pensamiento poético, aquél que lo indujo a escribir. Porque Ricardo Marín no se deja tentar por la euforia verbal en un vagaroso tintineo de resonancias. Busca la médula, el pensamiento y lo reviste con una forma de gran calidad poética.

«Sabio guerrero, padre mío», primera elegía, libera al poeta de su dolor íntimo y lo hace franquear, en la segunda elegía—«Heme aquí sobre la piedra»—la puerta hacia una estancia de mayor superficie. El poeta reflexiona sobre su ubicación humana y su respecto a una filosofía de vida. Ya no es el hueco que dejara en su corazón la muerte del padre; es el vacío tremendo que se abre ante el mundo cuando el poeta siente el peso de la eternidad y lo precedero, antinomia que golpea las sienes con aguja de mortal angustia.

«Mi alma se desgaja en esta hora
y yo me sumo en un abismo ciego.

Digo:

¿quién tiembla ahí en el fondo?
 ¿Quién
 tañe lentamente, y clama como el viento
 en los oscuros huecos de la piedra?

La tercera elegía está dedicada a la memoria de Miguel Hernández, «pastor de alto resplandor». Vemos que el poeta encarna su dolor, en este último eslabón de su fina cadena poética, en la muerte de un hermano en el oficio. Su homenaje al poeta español es sincero y de estimable valencia poética. Espigamos un cuarteto que nos confirma el aserto:

«Hermano, poeta intenso de los míos,
 de los que en este lastimado llano
 caen, cruzando de cánticos y ríos,
 la desventura lenta del paisano».

Hay un dolorido acento que da a la poesía aquella lentitud necesaria de la intuición madurada, poseída, hecha vivencia y, por lo tanto, fruto seguro de belleza.

En general, «Sobre la piedra» nos ha dejado una excelente impresión. Vemos en este libro la promesa de un poeta valioso, responsable. Su poesía irá, cada día haciéndose más densa, honda. Ricardo Marín tiene todas las condiciones para levantar el nivel de la poesía joven, tan venida a menos con la intromisión de verbaleros que confunden la belleza con los boleros de moda.—ALTENOR GUERRERO.



«EL CHIQUILLO BLANCO», por *Luis Merino Reyes*

Merino Reyes es un escritor de reconocido talento, de amplia, definida y original personalidad. Poeta de corte clásico moderno,